

PERO TAFUR, CABALLERO Y PEREGRINO

Miguel Ángel Pérez Priego
UNED-Madrid, España

Pero Tafur fue un hidalgo andaluz que a fines de la Edad Media emprendió un viaje por Europa y Oriente Medio, que duró más de tres años, de 1436 a 1439. Sobre él escribió un libro que conocemos con el título de *Andanzas y viajes*, que redactaría unos quince años más tarde, hacia 1454.

El libro se nos ha transmitido únicamente en una copia manuscrita del siglo XVIII, hoy en la Biblioteca Universitaria de Salamanca, Ms. 1985. Lo que poseemos, por tanto, es una copia muy tardía del texto original del siglo XV, que además se realizaría a partir de un ejemplar ya deteriorado, con importantes lagunas en el prólogo y comienzo de la obra, otras menores en el interior y falta de algún folio al final, aparte de numerosos errores en el texto. La obra, sin embargo, era bien conocida en el siglo XVI y de ella hacen mención Ambrosio de Morales, Argote de Molina y Nicolás Antonio, que la nombran con la denominación genérica de *Itinerario*¹.

El viaje de Tafur, de largo recorrido y múltiples peripecias, no es fácil de resumir en pocas palabras. En el verano de 1436, sale del puerto de Sanlúcar de Barrameda y, acompañado de dos escuderos, embarcan en una carraca genovesa. Recorren puntos de la costa mediterránea y llegan a Génova, continúan por Pisa y Florencia hasta Bolonia, donde consigue la licencia del papa Eugenio IV para viajar a Jerusalén. Por el Po llegan a Ferrara y de allí a Venecia. Atravesando buena parte de Italia, marcha a Roma, donde pasa la cuaresma y visita sus monumentos. Regresa a Venecia y el día de la Ascensión de 1436, se embarca para Jerusalén acompañado de los dos escuderos. Por el Adriático se dirigen a la isla de Corfú, recorren la costa del Peloponeso, pasan a Creta, de donde partirán hacia Rodas, sede de la Orden de san Juan. Navegando por la costa turca, llegan de paso a la isla de Chipre y luego a Jafa. Ya en tierra se dirigen a la ciudad de Ramá. Y durante varios días recorren los lugares santos de Jerusalén y visitan Belén, Jericó y Betania.

Por la costa de Siria navegan luego hasta Chipre y visitan la corte en Nicosia. Presenta cartas del rey de Castilla al rey Janus III, quien le envía como embajador al sultán de Egipto, que le devuelve cartas cerradas. En Babilonia (El Cairo) pasó un mes contemplando todas sus maravillas y cosas extrañas. El sultán le concedió licencia para ir al Sinaí, al que llega después de quince días de travesía por el desierto. A la espera de la caravana para pasar a la India, llega en ella el viajero veneciano Nicolò dei Conti, que le disuadirá de ese propósito, aunque no dejará de contarle las maravillas de aquella tierra y su esplendor en toda clase de frutos y de piedras preciosas. Tras volver a Babilonia, río abajo llegará a Alejandría y por tierra marchará a Damietta, de donde pasa de nuevo a Chipre. Allí será bien recibido por el rey y sus nobles, que le agradecen los servicios diplomáticos. De Chipre emprende viaje a Rodas y de allí parte hacia Constantinopla, Luego de sufrir un naufragio en Chíos, bordeando la costa turca, navegan por el estrecho de los Dardanelos y llegan a la ciudad de Gallípoli y al mar de Mármara. De allí se traslada a Pera y dos días después, engalanado con el collar de la escama, divisa del rey de Castilla, fue a ver al emperador Juan VIII Paleólogo, a quien cuenta cómo desciende de su mismo linaje y es portador del mismo blasón de armas.

Ido el Paleólogo al concilio de la unificación de las iglesias, Tafur visita en Adrianópolis al Gran Turco, a quien da noticia del emperador bizantino, al tiempo que toma información de la corte y el

¹ Con más detalle trato estas cuestiones bibliográficas en mi edición y estudio de la obra, especialmente en las pp. 49-53 (Pérez Priego 2018). Todas las referencias al texto de Tafur se hacen por esta edición.

ejército turcos. De regreso a Constantinopla, consigue hacer una nueva incursión, esta vez a Tartaria y el mar Negro hasta la ciudad de Caffa (Teodosia), enclave genovés en tierras del imperio tártaro, donde asiste y describe el mercado de esclavos, permitido a los cristianos por bula papal. De regreso a Constantinopla, puede visitar con todo detenimiento Santa Sofía y otros lugares notables, acompañado del díslope Dragas y la emperatriz María de Trebisonda, de gran belleza. Tras dos meses de estancia en Constantinopla y Pera, se embarca para Italia.

Llega a Venecia el día de la Ascensión, donde se encuentra con otros castellanos que iban a Jerusalén. Luego de visitar detenidamente la ciudad, parte para Ferrara, por la ribera del Po. Allí se entrevistó con el papa Eugenio, que le interrogó sobre su viaje, y fue a ver al emperador Paleólogo, que allí se había trasladado con el concilio. Luego de unos días de reposo, partió para Alemania y, tras visitar Parma y Milán, atravesó los Alpes por Lugano y San Gotardo, y llegó a Basilea. En el monasterio de Maristella, visitó al cardenal Juan de Cervantes y, en los vecinos baños de Baden, curó una herida en el pie y jugueteó con unas doncellas que se zambullían en el agua. Recorrió Flandes y Alemania, visitó la corte de Borgoña en Bruselas, donde le recibió el duque Felipe el Bueno que le pidió información de los lugares que había recorrido. Visitó diversas ciudades del imperio alemán y se entrevistó con el emperador Alberto, que le concedió las insignias de sus órdenes caballerescas. Cruzó de nuevo los Alpes por el este, descendió por la región de Friuli, pasó por las ciudades de Treviso, Padua y Ferrara, y llegó hasta Florencia, donde volvió a encontrarse con los protagonistas del concilio de la unión. Regresó a Venecia para recoger todo lo que había traído de Oriente, lo embarcó para España y él continuó viaje por ciudades y aguas del Mediterráneo. Una tormenta le llevó a Túnez, donde saltó a tierra y de donde navegó de nuevo a Cagliari, en Cerdeña, punto en el que se interrumpe el relato debido a la pérdida de algún folio que nos daría cuenta del final del itinerario.

Como vemos, el de Tafur es un viaje de aventura, sin propósitos claros ni objetivos concretos. Tafur es un hidalgo, un caballero formado en la corte del maestro de la Orden de Calatrava, Luis de Guzmán, y en la guerra de Granada bajo las banderas de Juan II de Castilla. Como caballero, se somete a la prueba del viaje a lejanas tierras, pues dentro del estado de la caballería es donde encuentra su plena justificación el recorrido de extrañas regiones, que enaltece y adorna las virtudes del caballero, ya que, como dice en el prólogo, allí es donde solo por sus propias hazañas dan a conocer su hidalguía a la gente extranjera².

Es cierto que no son escenarios exóticos ni fantásticos los que recorre, sino más bien conocidos y transitados. Pero es un viaje de una enorme curiosidad geográfica y cultural. Se abre a ciudades, regiones y países muy diversos, a lo que diríamos el conocimiento del otro. Le interesan todos los pueblos y sus maravillas: Roma, Jerusalén, Egipto, Constantinopla, el imperio turco, el pequeño estado de Trebisonda (Samotracia), la India, que no ve, pero le cuentan, y el corazón de Europa, las cortes de Bohemia y Borgoña. Contempla ese mundo en un momento álgido, cuando todo está pasando, cuando declina la Edad Media.

En todo el libro es patente el espíritu caballeresco: en Constantinopla introduce un largo episodio genealógico para probarnos que su linaje entronca con el del mismísimo emperador de Bizancio, en todas partes se encuentra y trata con hidalgos y cortesanos, en el Santo Sepulcro arma caballeros a dos alemanes y un francés; a la salida de Maguncia le asaltan trescientos hombres de armas, "pero a mí por ser caballero ninguno llegó fasta que truxeron un cavallero que me quitó el espada e las espuelas"; en Xafusa (actual Schaffhausen, en Suiza) asistió a un auténtico torneo caballeresco en el que no puede justar nadie que no sea hidalgo y de armas conocidas (lo que parece a Tafur "una buena regla de caballería e de nobleza de linaje"); en Borgoña conoce a los más célebres caballeros de la corte, como el bastardo de San Pol (Juan de Luxemburgo), el conde d'Etamps, el duque de Clèves, el conde de Charní (Pierre de Beaufremont) o el

² "De la tal visitación rasonablemente se pueden conseguir provechos cercanos a los que proeza requiere, así engrandeciendo los fijosdalgo sus coraçones donde sin ser primero conosçidos los intervienen trabajos y priesas, como deseando mostrar por obras quién fueron sus antecesores, quando solamente por propias fazañas puede ser dellos conoçedora la gente extranjera" (edición citada, p. 64).

señor de CréGuy; en Venecia se encuentra con nombrados peregrinos y caballeros de fortuna procedentes de Castilla, como Gutierre Quixada, Pedro Barva, Luis Vanegas y Juan de Angulo.

Es posible que en ese viaje caballeresco cumpla también misiones diplomáticas y de servicio a los intereses políticos de algunos gobernantes. Como caballero a la ventura, Tafur va contactando con diversos personajes y mandatarios que le protegen: mercaderes genoveses y venecianos, frailes, órdenes caballerescas y hospitalarias, cardenales, príncipes y emperadores de todo el mundo. Todos le proporcionan hospedaje y protección, le ofrecen su amistad y muchos le confían misiones diplomáticas, mensajes y embajadas. Lleva cartas de Juan II de Castilla a Chipre y a Constantinopla, cartas cerradas de Chipre a Egipto, salvoconducto de Egipto a Turquía, pasa noticias del emperador de Constantinopla al Gran Turco y toma informes sobre la situación y poderío de este, da noticias de su viaje al papa Eugenio IV y al emperador de Bizancio en Ferrara, intercambia información con comerciantes venecianos, lleva noticias al cardenal Juan de Cervantes, mantiene amplias conversaciones con el duque Felipe el Bueno, que siempre había alimentado la intención de emprender la conquista de Jerusalén y hasta había tenido espías en territorios del Islam como Emmanuel Piloti o Bertrandon de La Broquère (Paviot 2010). Seguramente las que portaba Tafur no eran noticias de decisiva importancia ni grandes secretos de Estado. Pero en aquel mundo convulso y distante la información, por intrascendente que parezca, siempre sería valiosa. Podía interesar si la corte de Chipre seguía gobernada por la dinastía de los Lusignan, si tenían relaciones con el sultán de Egipto, si en Rodas se elegía nuevo maestre de la orden de san Juan de Jerusalén, cómo era la presencia de los musulmanes y cristianos en Jerusalén y el papel de los frailes franciscanos, cómo eran los contactos de Constantinopla con los turcos y qué poder era el de estos. De todas esas informaciones era portador Tafur, informaciones valiosas para el rey de Castilla y para otros mandatarios europeos³.

Pero el viajero Tafur era sobre todo un peregrino. El objetivo prioritario de su viaje era la peregrinación a Jerusalén, por lo que va directo a pedir licencia al papa, a quien busca primero en Florencia y luego en Bolonia con el fin de recibir la bendición y bula preceptivas. Luego, tras visitar Roma, realizará el viaje, en un recorrido característico de peregrinación a Tierra Santa.

En el mes de mayo de 1437, en efecto, partía Tafur de Venecia, tras haber ajustado el pasaje, suyo y de sus dos escuderos, con el patrón de la galera de peregrinos. Por el Adriático, navegan hasta la isla de Corfú, de donde pasarán a los puertos de Modón y Coron. De allí se dirigen a Creta y luego a Rodas, de donde, tras apenas rozar la isla de Chipre, llegan a Jaffa, la ciudad portuaria de Jerusalén, donde salen a recibirlos los frailes franciscanos que envía el Guardián de Monte Sion. En asnos alquilados a los musulmanes, se dirigen a la ciudad de Ramá, a cinco leguas de Jaffa, donde se encuentra el Hospital para peregrinos de la orden de San Juan. Trasladados a Jerusalén, Tafur es instalado en el monasterio de Monte de Sion, en la parte sureste y más alta de la ciudad. Allí comenzaba propiamente el recorrido por los lugares santos, con el Cenáculo, la capilla de Santo Tomás o la casa de la Virgen. Luego, en días sucesivos, visitaría la basílica del Santo Sepulcro, el valle de Josafat, Belén, Betania con el castillo de Magdalo, Jericó y el Jordán, de donde se escapa a conocer el desierto y el Mar Muerto. Regresados a Jerusalén, logró que aquella noche un musulmán renegado, natural de Portugal, le metiese disfrazado en el templo de Salomón, corriendo el riesgo de ser muerto si era descubierto. El día siguiente lo pasó con los peregrinos en el Santo Sepulcro, donde oyeron misa, confesaron y comulgaron, y armó caballeros a dos alemanes y a un francés. Los días siguientes visitaron nuevos lugares y prepararon la partida. Aunque quería llegar al Sinaí, cerca del mar Rojo, le aconsejaron que volviese a Chipre y que allí le facilitarían el camino para pasar a Babilonia. Al día siguiente, acompañado de los frailes y el adelantado, fueron a dormir a Ramá y, al siguiente, al puerto de Jaffa, donde se embarcaron en las galeras ya preparadas camino de Beirut. Por la costa vieron ciudades como Sur (Tiro) y Acre, y desembarcaron en Beirut, sin que pudiera proseguir hasta Damasco, como era su intención.

La estancia en Jerusalén es una etapa esencial en el viaje de Tafur. Viaja como peregrino a Tierra Santa, en un doble papel, el de piadoso cristiano y el de caballero cruzado y curioso. Como peregrino

³ Como también interesaría para los asuntos comerciales, la situación de los puertos, como Génova, Venecia, Corfú, Jafa, Alejandría, Pera y, en Europa central, Amberes o Brujas.

cristiano, hace un recorrido por los lugares santos, que va enumerando exhaustivamente, con celeridad y apasionamiento: Jerusalén, Belén, Jericó, Betania. El viaje le llevará exactamente veintitrés días, desde que se traslada de Bafa (Chipre) a Jaffa y visita los lugares santos, hasta la salida por ese mismo puerto para tomar la ruta de regreso a Venecia. Son días que va anotando con bastante precisión, dando cuenta del ritmo temporal del paso de uno a otro (“otro día siguiente”, “otro día de mañana”, “otro día partimos”, “este día reposamos e otro día de mañana”) así como de las distancias entre los distintos lugares (de Jaffa a Ramá cinco leguas, de Emaús a Jerusalén cinco leguas, del Santo Sepulcro a Monte Calvario doce o quince pasos, de Jerusalén a Belén cinco leguas, de Jerusalén a Jericó quince leguas). Si contamos que la legua son unos cuatro kilómetros y medio, en total habría recorrido más de ciento treinta kilómetros, en cabalgaduras y a pie, y más de trescientas cincuenta millas marinas.

Aparte de días y distancias, lo que por supuesto va registrando son los lugares que visitan (Ochoa 1993:147-156). Lógicamente aquellos más importantes, como el Santo Sepulcro, Belén, Jericó o el Templo de Salomón, serán los que describa con mayor profusión de detalles. Pero a la par desfilan decenas de lugares santos, capillas, santuarios, reliquias, vestigios que va recorriendo aceleradamente con la fiebre y fe del peregrino que no quiere perderse nada, que quiere palpar todos los lugares de peregrinaje a que le ha traído su fe. Ya al final de su estancia en Jerusalén no puede más que anotar ese vértigo: “e otro día al alva oímos misa e salimos, e todo este día no fezimos sino visitar lugares santos, e otro día e otro día esto mesmo” (ed. cit., p. 129).

El centro de operaciones es el monasterio franciscano de Monte Sion, donde está alojado con otros peregrinos y del que parten para sus visitas diarias a otros lugares. El recorrido comprendía distintos sitios de la ciudad de Jerusalén y lugares más alejados, casi siempre en etapas de un solo día, con regreso para pernoctar en el monasterio. Los peregrinos se desplazan en asnos o mulas alquiladas y les acompañan en sus visitas dos frailes franciscanos, supervisándolo todo el guardián de Monte Sion. Es un recorrido con unas etapas siempre bien marcadas, prácticamente establecidas desde el siglo XIV por los frailes, a quienes entonces se había encomendado la organización de las peregrinaciones. Invitando a la meditación metódica franciscana y conforme al relato evangélico, en el recorrido se proponía seguir los pasos de la vida de Cristo, en especial la Pasión, desde su apresamiento a su muerte y resurrección. Las etapas, como decimos, venían establecidas por tradición y hasta es posible que los peregrinos contaran con unas breves guías para conducirse por el itinerario programado. Tales guías les serían proporcionadas en el mismo monasterio de Monte Sion, donde se llegaría a crear una suerte de materia literaria de peregrinación que iba acumulando noticias e informaciones útiles para uso de peregrinos. Esa materia sería en gran parte anónima y de uso comunal, como revela el anónimo *Libellus Descriptiones Terrae Sanctae* de 1427, pero también había producido escritos singulares, como la *Descriptio Terrae Sanctae* del dominico alemán Burchard de Monte Sion, a finales del siglo XIII, muy leída y traducida durante toda la Edad Media (Laurent 1864).

Monte Sion debía de ser un albergue un tanto privilegiado, al que particularmente iban los caballeros hidalgos que, en número de diez o doce, eran elegidos en el hospital para peregrinos a la llegada a la ciudad. Allí estuvo alojado Tafur y pudo familiarizarse con los franciscanos y las prácticas del monasterio. En la redacción de su libro bien pudo tener a mano una de aquellas guías de uso desde la que incorporar a su relato con mayor precisión los datos más objetivos y convencionales (los días con sus lugares visitados, las fechas, las distancias entre uno y otro sucesivos, los nombres de los lugares). Pero ciertamente el libro de Tafur sobrepasa las meras pretensiones de aquellos libelos de uso, pues se trata de un relato de viajes, mucho más rico y complejo.

El libro de Tafur, aunque, como decimos, atento a la guía de peregrinación, introduce numerosas informaciones útiles para otros, pero también variadas descripciones fruto de la observación personal. Muchos serán datos de interés sobre la organización e intendencia del viaje, los movimientos y pasos que deben dar los peregrinos, sus recibimientos y hospedajes y particularmente los costes y pagos que irán haciendo. El primero, al embarcar en Venecia, al patrón de la galera por el pasaje suyo y de sus dos escuderos, veinte ducados cada uno, sesenta en total, que comprenden el flete y el avituallamiento; en Jaffa, por el alquiler de los asnos para trasladarse por tierra, dos ducados cada uno; a la entrada del Santa Sepulcro, cada peregrino pagó siete ducados y medio (que con los dos pagados por los asnos y con otro

que vinieron a pagar en los monasterios, suman un total de doce ducados y medio que se paga por persona); algunos gruesos (moneda de plata veneciana que valía la onceava parte del ducado) pagan al subir al monte Olivete; en el castillo de Magdalo pagan ciertos gruesos y, en otro lugar cercano, la iglesia donde fue resucitado Lázaro, la cobranza de tributo desencadenó un episodio de armas que acabó con el ajusticiamiento del alcaide por orden del adelantado, pues ese tributo jamás fue pagado; por último, al renegado que le introduce en el Templo de Salomón le promete dos ducados, que luego le pagaría.

Otras serán informaciones sobre las escalas de la ruta, como Modón y Coron, puertos de descarga de mercancías y lugares de tránsito para los peregrinos a Tierra Santa: el primero, poblado por unos dos mil vecinos, cercado por el mar y bien amurallado, con muchas huertas de frutas y buenas posadas, de lengua griega y regimiento de Venecia; y Coron, una buena villa y gran fortaleza, también de lengua griega y de la señoría de Venecia; o la isla y reino de Creta, muy abundoso y muy poblado de grandes villas y fortalezas, de lengua griega y señorío de venecianos; su principal ciudad es Candía, de grandes edificios, bien encasada, con muchos jardines y fuentes, muy buen puerto y muelle y muchos molinos de viento; o Rodas con el hospital de los caballeros de la orden de san Juan de Jerusalén, que es una de las mejores obras piadosas del mundo, bien provisto de edificios y mantenimientos, donde reciben a cuantos enfermos llegan, que mandó hacer el catalán Antón de Fluvián, que fue gran maestre de 1421 a 1437.

Descripciones vivas fruto de la propia observación son, por ejemplo, la del Santo Sepulcro, que percibe como una gran capilla recubierta de plomo, con una claraboya arriba, el edículo en medio y dentro la capilla más estrecha con el Santo Sepulcro revestido de mármol; la calle de la Amargura, donde observa que es cubierta de terrados que recogen eficazmente el agua de lluvia para las cisternas de que beben los pobladores de la ciudad; el valle de Jericó, un valle muy largo y una gran vega, por mitad de la cual pasa el río Jordán, que desemboca en el Mar Muerto (el mar de Pentápolin, el de las cinco ciudades subvertidas por el pecado de sodomía), de aguas hediondas donde no se cría pescado ni ave alguna, aunque el río entra por el piélago y sale de la otra parte sin contaminar su agua con la del mar. En todo aquel valle se crían unos árboles altos y delgados, cargados muchos de una fruta como toronjas, que al acercarles la mano se rompen y sale humo de ellas, y queda el mal olor todo el día en la mano; de allí tomó también sus rosas milagrosas, la rosa de Jericó, de propiedades mágicas en el parto; el Templo de Salomón, convertido en mezquita por Saladino, que describe con cierta fascinación: es una sola nave labrada de oro mosaico, y el suelo y paredes de muy hermosas losas blancas, y tantas lámparas colgadas que parece que se juntan unas con otras, y el cielo de arriba todo plano cubierto de plomo.

Especial interés muestra por introducir notas de experiencia vivida. Se escapa de los peregrinos para que un musulmán le pase al desierto donde san Juan predicó. De la tumba de Absalón, en aquellos días sacaron muertos a unos moros que oyeron una voz y habían entrado en busca de un tesoro. En el Jordán, lugar de devoción donde quieren bañarse todos los peregrinos, vio ahogarse un caballero alemán. En la Cuarentena, que es una sierra muy alta y unas capillas pequeñas, con un camino para subir a la peña, obra de santa Elena, un criado gallego se despeñó. De regreso a Magdalo, en la visita a la iglesia de san Lázaro, cuando les quisieron cobrar cierto tributo que no se cobraba nunca, hubieron de enfrentarse al alcaide y utilizar las armas, apresarle y llevarlo al adelantado, que le mandó cortar la cabeza y azotar a los que le acompañaron.

Por lo hasta aquí visto, el de Pero Tafur es un relato de viaje a Tierra Santa en la tradición más convencional y canónica, pero un relato muy completo y detallado, con útiles informaciones para otros peregrinos y con una sensibilidad personal que, aparte el sentimiento piadoso, le hace valorar y emocionarse ante muchos lugares y descubrimientos. Tiene el mérito además de haber sido compuesto casi medio siglo antes que las grandes peregrinaciones y descripciones de Tierra Santa, como la de Bernardo de Breidenbach (1481), la de Antonio Cruzado (1485) o, ya en el siglo XVI, los viajes de los jerónimos de Guadalupe Antonio de Lisboa y Diego de Mérida, la peregrinación de Pedro Manuel de Urrea o el viaje del marqués de Tarifa y Juan del Encina.

Bibliografía

LAURENT, J. C. M. (1864): *Peregrinatores Medii Aevi quatuor*. Leipzig: J. C. Hinrichs.

OCHOA, José A. (1993): “La descripción de Jerusalén en Pero Tafur”, en *Actas do IV Congreso da AHLM*, III. Lisboa: Cosmos, 147-156.

PAVIOT, Jacques y Hélène BASSO (eds.) (2010): Bertrandon de La Broquère, *Le Voyage d'Orient. Espion en Turquie*. Toulouse: Anacharsis.

PÉREZ PRIEGO, Miguel Ángel (ed.) (2018): Pero Tafur, *Andanzas y viajes*, edición y estudio. Madrid: Cátedra (Letras Hispánicas, 802).